

Introducción

La noticia del cambio de sexo de Bruce Jenner, padre de familia y atleta olímpico, a sus 65 años de edad, fue recibida con gritos de entusiasmo por lesbianas, gays, bisexuales y transgénero, así como por los que lo han apoyado en esta decisión, incluida su familia. «Estoy muy contenta de poder vivir mi verdadero yo después de una lucha tan larga», escribió Jenner en su primer *tweet* tras la publicación de una foto suya “sexy” en la portada de la revista *Vanity Fair America*, después de su transición de varón a mujer.

En la entrevista, Bruce, conocido(a) ahora como Caitlyn, cuenta de la operación de feminización de sus rasgos faciales, que duró diez horas, y el ataque de pánico que tuvo al día siguiente: ese «¿qué hice?» repetido obsesivamente. Una preocupación que, sin embargo, desapareció con rapidez. «Si estuviese en el lecho de muerte con este secreto, sin haber hecho nada al respecto, me diría a mi misma: “tiraste tu vida entera a la basura”. Yo no quiero que pase eso».

Según Caitlyn, superar todas esas pruebas le ha sido posible gracias al apoyo que ha encontrado en su familia, tanto en sus hijas biológicas: Kendall y Kylie Jenner, como en sus hijas adoptivas: Kim, Khloé y Kourtney Kardashian, y también en su exmujer,

Kris Jenner. «Nunca me abandonaron», aseguró, «me siento bendecida por tener una familia así».

Parece como si la historia de Bruce/Catitlyn fuera el producto de una mente febril, donde cualquier semejanza con la realidad es una mera casualidad, como puede leerse en los créditos de las películas. Pero no es así. Bruce/Caitlyn es una persona de carne y hueso que, tras liberarse de los fantasmas de su pasado, ha encontrado la fuerza y valentía de gritar a los cuatro vientos todo lo que ha sufrido y la felicidad finalmente alcanzada. Pero, ¿es así en realidad? ¿Bruce habría aceptado ser una mujer cualquiera, vieja, con facciones masculinas, desconocida por todos y rechazada por su familia? Yo creo que no.

De hecho, Greer, una feminista radical de larga trayectoria, piensa algo similar. En una entrevista a la BBC, reacciona con dureza ante la noticia del nombramiento de Caitlyn Jenner como *Woman of the Year* de la revista *Glamour*. Según Greer, la misoginia juega un papel importante en estas transformaciones de varón a mujer, pues refuerzan el viejo prejuicio machista según el cual «un varón, si se esfuerza por convertirse en mujer, será más mujer que la que ha nacido mujer».

¿Por qué puede interesar al lector la historia de Jenner, más allá del fenómeno de la transexualidad? Pienso que en la respuesta a esta pregunta se encuentran los tres elementos esenciales que constituyen la condición sexuada humana: 1) la sexualidad física –si bien la historia de Jenner no incluya todavía su forma corporal más “cruda”, o sea, la amputación de los genitales como manifestación de su rechazo a ser hombre; 2) los vínculos afectivos que, cuando se quiebran, son causa de un enorme dolor en los seres queridos –si bien, en este caso, la familia de Jenner parece aceptarlo sin problemas; 3) las relaciones conyugales y paternas –si bien parece que Jenner sigue teniendo una relación de amistad con su ex esposa, quien le está ayudando además a introducirse en las altas esferas

de la sociedad femenina estadounidense. De todos modos, resulta difícil imaginar como lo/la llamarán sus hijas independientemente de su nuevo *look*. ¿Mamá? ¿Papá? ¿O sencillamente Caitlyn, sin identificarla con ninguna de las dos figuras parentales?

Es verdad que, para quien vive en el siglo XXI, la sexualidad humana ha perdido la ingenuidad y espontaneidad que tenía en el pasado. Nada nos resulta extraño. La revolución sexual, la sexualización de la sociedad, la cantidad ingente –muchas veces mal asimilada– de información anatómica, psicológica y cultural, han hecho que cambie profundamente nuestro modo de entender esta realidad humana tan importante. A pesar de un mayor conocimiento y multiplicidad de experiencias, los desórdenes sexuales no han desaparecido; más bien, al contrario. Para muchos de nuestros coetáneos, la sexualidad se ha convertido en algo complicado, oscuro, molesto y, con frecuencia, difícil de gestionar. Si, además, se suman los denodados intentos de la ciencia y la tecnología para redefinir constantemente los límites de lo humano, el nivel de inseguridad en el ámbito de la sexualidad crece exponencialmente. Pues, a las malformaciones sexuales de naturaleza genética y hormonal, a las represiones, a las neurosis y fobias, hay que añadir hoy, además, las amputaciones, prótesis y tratamientos hormonales, que hacen aún más frágil la naturaleza misma de la sexualidad.

Este libro pretende desenredar esta madeja con la ayuda de las ciencias experimentales y humanísticas, porque –y esta es la tesis central– la sexualidad humana no debería verse como un conjunto de fenómenos caóticos, fruto de fantasías y deseos extraños, sino como una realidad ante la cual nos maravillamos, ya que es el único origen del que todos provenimos (al menos, por ahora). Una vez que la idea de tener un origen desaparece, la sexualidad se banaliza y embrutece, a pesar de las relucientes portadas de las revistas eróticas, la ropa y los peinados seductores... y, al final,

queda la sola nostalgia de aquello que nos pertenece y a lo cual aspiramos, pero que ya no somos capaces de recuperar.

Por este motivo, pienso que sólo la referencia continua al origen de la sexualidad nos permitirá dejar atrás la infecundidad del debate actual, entre la aceptación, más o menos total, de la cultura transgresiva dominante, ligada a lo *políticamente correcto* en la manera de entender y practicar la sexualidad, y las estériles polémicas sobre lo que es natural o cultural en la sexualidad humana y en el modo de vivirla, porque, como veremos, todo en la sexualidad humana es, al mismo tiempo, natural y cultural. Por tanto, en este libro sobre la sexualidad, nos mantendremos al margen de cualquier tipo de ideología, esto es, de concepciones construidas sobre prejuicios y esquemas rígidos, para elaborarlas, en cambio, mediante un análisis respetuoso y humilde de la realidad. Porque el principal obstáculo del conocimiento es siempre el orgullo, el deseo de tener razón a toda costa.

¿Por dónde empezar? Claramente tendrá que ser por la llamada teoría de género, pues son sus autores los que han dedicado mayor esfuerzo a pensar la sexualidad en sus múltiples dimensiones, sobre todo en su faceta social. De hecho, la teoría de género —*gender*, en inglés— se ha ocupado especialmente de aspectos que se refieren a las diferencias sexuales en cuanto determinadas por la sociedad, como los roles que se asignan a cada individuo, y que influyen en las funciones sociales, culturales y políticas que este es capaz de asumir. Estos roles aluden también a las expectativas de la sociedad respecto al comportamiento “típico” de hombres y mujeres en todas las esferas de la vida: desde el juego hasta el trabajo, pasando por los gestos, la ropa y la forma de hablar y de actuar.

Como veremos más adelante, la dimensión social de la sexualidad es la clave para entender las relaciones entre hombres y mujeres, tanto diacrónica o históricamente, como sincrónicamente, es

decir, en la época en que vivimos. Pues, la dimensión social de la sexualidad se manifiesta en la turbulenta historia de estas relaciones, en la que, con frecuencia, las mujeres han sido víctimas de un trato injusto, por ejemplo, al impedirles su derecho al voto, hasta hace poco tiempo en Occidente, y todavía, hoy en día, en muchos países musulmanes; en la disparidad en el reconocimiento social y en la remuneración de muchas ocupaciones; en la escasa presencia de mujeres en posiciones de liderazgo... En oposición a estas desigualdades, el feminismo viene apoyando desde hace generaciones muchas iniciativas civiles y políticas, con las que ha conseguido resultados importantes. A causa de estas luchas sociales y políticas, los roles de los varones y las mujeres se han modificado drásticamente en las últimas décadas; y aún estamos a medio camino de esta gran transformación. Los principales cambios se perciben en el mundo del trabajo, donde tanto mujeres como varones se muestran igualmente activos; en las familias, en las que el padre interviene más en las labores del hogar y se muestra más afectuoso con los hijos; en la economía, la cultura y la política, en las que se discute sobre las cuotas de participación de las mujeres.

Por otro lado, el aspecto social de la sexualidad es también clave para entender el actual *gender mainstreaming*, que difunde la creencia de que en la base de todas las injusticias se encuentra la diferencia sexual. Por eso se propone comprobar que cada situación familiar, social, económica y política, respete la igualdad, de forma que las personas puedan tomar decisiones sintiéndose completamente libres, sin estar obligadas a cumplir las expectativas sociales y culturales que se hallan ligadas a un determinado sexo.

¿Significa todo esto que los varones y las mujeres son completamente iguales, hasta el punto de que sus diferencias no tengan ya ningún valor social? Según el *gender mainstreaming*, sí. De ahí que, para esta corriente, la igualdad no se refiera únicamente a los derechos sociales y políticos, como el voto, el trabajo, la justa

remuneración, etc., sino también al mismo significado de esposo o esposa, padre o madre; pues estos roles deberían poder ser compartidos, de forma que una mujer pueda ser marido de otra mujer y padre de los hijos de su compañera, y un varón mujer de otro varón y madre de los hijos de su compañero. Está claro, pues, el porqué se le llama ideología de género, pues, además de buscar imponer estos nuevos “derechos” subjetivos, como toda ideología, ofrece un explicación simple y unívoca de la realidad. De todas formas, a pesar de su carácter ideológico, en los estudios de género no faltan los análisis científicamente válidos y útiles para la discusión de estos temas.

¿De dónde viene la idea de igualdad que se defiende en estos estudios? Lo primero que salta a la vista cuando se analizan algunos de sus autores principales es el énfasis que ponen en la naturaleza personal de la sexualidad humana. A este aspecto, que es fundamental, tal vez no se le haya prestado suficiente atención hasta la fecha. Algunas ciencias experimentales, como la fisiología, la biología, la etiología, la psicología y la antropología, enseñan que la sexualidad humana se distingue de la animal por una serie de aspectos esenciales, como el deseo erótico, el amor y las instituciones del matrimonio y la familia. Sin embargo, como sostienen también los partidarios de la ideología de género, el rasgo que mejor define la sexualidad humana es su carácter social.

¿Cómo debemos entender el carácter social de la sexualidad humana? La respuesta dada por la ideología de género es clara: la sexualidad humana es una mera construcción socio-cultural; de ahí que tenga un carácter convencional y cambiante, por lo que en ella no hay nada de inmutable, es decir, nada capaz de trascender la sociedad y las culturas, ni en el modo de entender las diferencias entre los sexos, ni en el de su expresión pública o privada. La rotundidad de esta tesis se demuestra vacía de contenido ante una objeción obvia: si la sexualidad humana fuera meramente social,

en vez de *diferencias* respecto de la sexualidad animal habría que hablar de una *distinción* radical; la sexualidad de los animales sería natural y la humana, cultural. El término “sexualidad” se usaría así de modo equívoco, pues con el mismo vocablo nos estaríamos refiriendo a dos realidades radicalmente distintas, lo que a todas luces es poco científico.

A mi parecer, es precisamente esta manera equívoca de referirse a la sexualidad humana la que indica tanto su carácter ideológico, como su incapacidad para hacer frente a las numerosas paradojas que conlleva. Con la intención de dar una respuesta a estas y otras dificultades de la ideología de género, y también a las que dependen de una concepción contraria de tipo naturalista, me propongo repensar la sexualidad humana desde un punto de vista análogo al de la sexualidad animal, pero sin caer en ningún tipo de naturalismo o biologismo. Para lograrlo, pienso que debe evitarse la separación, llevada a cabo por esta ideología, entre sexo y género, como si fuesen dos elementos unidos contingentemente. Pues, dicha separación no es real, sino sólo una abstracción de una estructura compleja y articulada: la condición sexuada. En efecto, además de lo biológico y cultural, en la sexualidad humana hay muchos otros aspectos, como el deseo, el don de sí, el matrimonio y la familia, o sea, la genealogía, la generación, la intergeneracionalidad, que, para lograr convertirse en una identidad madura como varón o como mujer, han de integrarse personalmente.

Para concluir, deseo expresar mi agradecimiento a los organizadores del congreso sobre *Matrimonio y Familia*, que tuvo lugar en la Universidad Pontificia de la Santa Cruz del 11 al 13 de marzo de 2015. La conferencia que impartí en aquella ocasión, así como el diálogo que siguió con el público presente, fueron la primera semilla de este ensayo. Sin embargo, esa pequeña semilla no habría crecido sin el apoyo del profesor Stefan Mückl, quien me convenció de la necesidad de desarrollar algunas ideas que enton-

ces estaban apenas esbozadas. Durante la preparación del libro, he hablado y discutido con muchos colegas y amigos. Aunque no es posible nombrarlos a todos, me gustaría mencionar a tres de ellos: las profesoras Ilaria Vigorelli y Leonor Gómez Cabranes, así como la doctora Antonella Comito. No quisiera terminar sin agradecer al profesor Gianfranco Dalmaso y a la profesora Giovanna Rossi, por su invitación a publicar este ensayo con la editorial *Vita e Pensiero*.

Por último, la presente edición española no habría sido posible sin el apoyo y el aliento de Olalla Pomar y sin los buenos oficios del doctor Santiago Fabregat, que ha sido el alma del equipo de traducción: velocísimo e incansable. También deseo agradecer al profesor Pedrojuan Viladrich el magnífico prefacio, que sintetiza muy bien el contenido del libro.